

Primer Ensayo sobre la Población.
R. Malthus (1766-1834)
Alianza Editorial. 1988
1ª Edic. 1798

Los grandes e imprevisibles descubrimientos de los últimos años en la filosofía natural; la creciente difusión de la cultura general, gracias a la extensión del arte de imprimir; el espíritu investigador, ardiente y libre, que prevalece en el mundo culto e incluso en el mundo inculto; la nueva y extraordinaria claridad que ha sido proyectada sobre la vida política, deslumbrando y asombrando a los más entendidos y, especialmente, aquel tremendo fenómeno surgido en el horizonte político, la Revolución francesa, que, como un cometa en llamas, parece destinado sea a inspirar con una vida nueva y vigorosa sea a abrasar y destruir la mermada población de la tierra; todo ello ha contribuido a suscitar en la mente de muchos hombres de talento la idea de

que la humanidad ha llegado al borde de un período en el que han de producirse importantísimos cambios, los cuales, en cierta medida, serán decisivos para el destino futuro de la sociedad humana.

Se ha dicho que el hombre se halla frente a una alternativa: o marchar adelante con creciente velocidad hacia mejoras ilimitadas y hasta ahora inconcebibles o ser condenado a una perpetua oscilación entre la felicidad y el infortunio, permaneciendo siempre, pese a todos los esfuerzos, a distancias inconmensurables del objetivo soñado.

Sin embargo, a pesar del ansia con la que todo amigo de la humanidad debe anhelar el fin de esta dolorosa espera y el ardor con que un espíritu abierto saludaría cualquier rayo de luz susceptible de aclarar su visión del porvenir, no puede uno sino lamentarse al ver cuán alejados unos de otros se mantienen los escritores al abordar esta trascendentalísima cuestión. Sus argumentos no son objeto de un examen mutuo y sincero. Incluso en el plano teórico, el problema es planteado desde ángulos tan distintos que no parece cercano un acuerdo.

Quienes defienden el presente orden de cosas tienden a considerar la secta de filósofos especulativos, ora como a un grupo de insidiosos y astutos pícaros que predicán la benevolencia y trazan seductores cuadros de una sociedad más dichosa, tan sólo para poder destruir mejor las instituciones existentes y dejar campo libre a sus sagaces y ambiciosos proyectos, ora como a irres-

ponsables y alocados entusiastas cuyas necias especulaciones y absurdas paradojas no merecen la atención de ningún hombre razonable.

Quienes sostienen la perfectibilidad del hombre y de la sociedad sienten, a su vez, por el defensor de las instituciones presentes un desprecio no menos acusado. Le tildan de ser esclavo de los prejuicios más miserables y estrechos; le acusan de defender los abusos de la sociedad actual únicamente para continuar beneficiándose de ellos. Le describen, bien como un individuo que prostituye su inteligencia a sus intereses, bien como un desgraciado cuya capacidad mental no le permite alcanzar nada grande y noble ni ver más allá de sus narices y para quien están, evidentemente, verdadas las luminosas ideas de los benefactores de la humanidad.

En este ambiente de enemistad, la causa de la verdad no puede menos de sufrir. Los argumentos de peso, por una parte y por otra, no tienen la posibilidad de ejercer la influencia que merecen. Cada uno prosigue con su propia teoría, sin preocuparse de enmendarla o mejorarla atendiendo a lo expuesto por sus contradictores.

El amigo del presente estado de cosas condena todas las especulaciones políticas en conjunto. Ni siquiera se digna examinar las bases sobre las cuales se postula la perfectibilidad de la sociedad. Y menos aún hace el esfuerzo de exponer, honrada y cabalmente, lo que considera erróneo en dichas teorías.

El filósofo especulativo también ofende la cau-

sa de la verdad. Con la mirada fija en una sociedad más feliz, cuyas dichas describe con los más atractivos colores, se entrega sin vacilar a los vituperios más mordaces contra toda institución vigente, sin aplicar su talento a considerar los medios mejores y más seguros de suprimir los abusos, en aparente inconsciencia de los tremendos obstáculos que amenazan, incluso en teoría, el progreso del hombre hacia la perfección.

Es una verdad establecida en filosofía que toda teoría correcta acaba siempre por hallar su confirmación experimental. Se producen, no obstante, en la práctica tantos roces y tantas nimias circunstancias, casi imprevisibles incluso para las mentes más comprensivas y penetrantes, que son escasos los temas respecto a los cuales se puedan decretar correctas teorías que no hayan sufrido la prueba de la experiencia. Pero antes de ser probada, una teoría no puede ser honradamente presentada como probable, y menos aún como correcta, mientras todos los argumentos contra ella no hayan sido objetivamente sopesados y clara y contundentemente refutados.

He leído, con sumo agrado, algunas de las especulaciones sobre la perfectibilidad del hombre y la sociedad. Me he sentido reconfortado y deleitado por el cuadro encantador que nos presentan. Ardientemente deseo tan felices perfeccionamientos. Pero veo el camino hacia ellos erizado de grandes y, a mi juicio, insuperables dificultades. Mi propósito no es otro sino señalar estas dificultades, afirmando, al mismo tiempo, que, lejos de

regocijarme en ellas como causa de triunfo sobre los amigos de la innovación, nada podría producirme mayor agrado que ver estas dificultades totalmente superadas.

El principal argumento que pienso esgrimir no es ciertamente nuevo. El principio sobre el que se asienta fue ya explicado, en parte, por Hume, y más ampliamente por el doctor Adam Smith. También el señor Wallace lo ha utilizado aplicándolo al tema que nos preocupa, pero sin el vigor ni la fuerza debidos, y probablemente habrá otros escritores que hayan abundado en lo mismo y que yo desconozco. Por consiguiente, no hubiera pensado siquiera en presentar de nuevo este argumento, aunque, en todo caso, pienso enfocarlo desde un ángulo distinto de aquellos desde los cuales lo ha sido hasta ahora, si hubiese sido genuina y satisfactoriamente refutado.

El motivo de esta negligencia, por parte de los defensores de la perfectibilidad humana, no es fácil de explicar. No puedo poner en duda el talento de hombres como Godwin y Condorcet. No quiero tampoco dudar de su sinceridad. A mi modo de ver, y probablemente al de la mayoría de los demás, las dificultades para llegar a una sociedad perfecta parecen insuperables. Sin embargo, estos hombres de reconocida inteligencia y sabiduría apenas se dignan mencionarlas y prosiguen sus especulaciones con el mismo ardor y la misma inquebrantable confianza como si estas dificultades no existiesen. No tengo, ciertamente, derecho a decir que su ceguera ante estos argumen-

tos sea deliberada. Más bien debería dudar de la validez de argumentos que, si bien a mí me parecen irrefutables, son, sin embargo, considerados como despreciables por hombres de semejante categoría. Sin embargo, a este respecto, debemos confesar que todos somos demasiado propensos al error. Si yo viese que a un hombre se le ofrecía reiteradamente un vaso de vino, sin que éste le prestara atención alguna, me inclinaría a pensar que el hombre era ciego o descortés. Una filosofía más justa debería enseñarme más bien a pensar que mis ojos me engañaban y que aquel ofrecimiento no era realmente tal y como yo lo percibía.

Al entrar en el tema, debo advertir que he excluido deliberadamente toda mera conjetura, es decir, toda suposición cuya probabilidad de realización no tenga una sólida base filosófica. Supongamos que un escritor me dijera que, en su opinión, el hombre acabará por convertirse en avestruz. No podría llevarle propiamente la contraria. Pero antes de pretender convencer a cualquier persona razonable tendrá dicho escritor que demostrar que los cuellos de los hombres se han ido alargando gradualmente, que sus labios se han ido endureciendo y haciéndose más salientes, que la forma de sus piernas y de sus pies se va modificando día a día, y que su pelo está empezando a transformarse en plumas. Y mientras la probabilidad de tan asombrosa conversión no pueda demostrarse, es pura pérdida de tiempo y despilfarro de elocuencia explayarse sobre la felicidad

del hombre convertido en avestruz, destacar su nueva habilidad tanto para volar como para correr, describirle en su nueva condición, despreciativo de todos los lujos mezquinos y exclusivamente dedicado a cosechar los elementos imprescindibles de la vida, resultando así ligera la parte de trabajo correspondiente a cada hombre y amplia y abundante, en cambio, su parte de ocio.

Creo poder honradamente sentar los dos postulados siguientes:

Primero: el alimento es necesario a la existencia del hombre.

Segundo: la pasión entre los sexos es necesaria y se mantendrá prácticamente en su estado actual.

Estas dos leyes, que han regido desde los tiempos más remotos del conocimiento humano, aparecen como leyes fijas de la naturaleza, y no habiéndose jamás observado en ellas el menor cambio, no tenemos razón alguna para suponer que vayan a dejar de ser lo que hasta ahora han sido, salvo que se produjera un acto directo de poder por parte del Ser que primero ordenó el sistema del Universo y que por el bien de sus criaturas continúa ejecutando, conforme a leyes fijas, todas sus diversas operaciones.

No creo que ningún autor haya supuesto que sobre esta tierra el hombre pueda llegar a vivir sin alimento. Pero lo que sí ha supuesto el señor Godwin es que la pasión entre los sexos pueda eventualmente extinguirse. Como él mismo ha presentado esa parte de su trabajo como una simple desviación al campo de las conjeturas, me li-

mitaré, por el momento, a decir que los mejores argumentos en pro de la perfectibilidad del hombre se desprenden de la contemplación de los grandes progresos que ha realizado desde el estado salvaje en que se hallaba inicialmente y de la dificultad que hay en afirmar en qué punto se detendrá este proceso. Pero precisamente, en lo que se refiere a la extinción de la pasión entre los sexos, hasta ahora el progreso ha sido nulo. Parece existir hoy con la misma fuerza que tenía hace dos mil o cuatro mil años. Hay excepciones individuales, como las ha habido siempre. Pero como el número de esas excepciones no parece aumentar, el deducir simplemente de la existencia de una excepción que ésta se va a convertir eventualmente en ley y la ley en excepción, sería indudablemente una manera de argumentar muy poco filosófica.

Considerando aceptados mis postulados, afirmo que la capacidad de crecimiento de la población es infinitamente mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos para el hombre.

La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética. Basta con poseer las más elementales nociones de números para poder apreciar la inmensa diferencia a favor de la primera de estas dos fuerzas.

Para que se cumpla la ley de nuestra naturaleza, según la cual el alimento es indispensable a la vida, los efectos de estas dos fuerzas tan desiguales deben ser mantenidos al mismo nivel.

Esto implica que la dificultad de la subsistencia ejerza sobre la fuerza de crecimiento de la población una fuerte y constante presión restrictiva. Esta dificultad tendrá que manifestarse y hacerse cruelmente sentir en un amplio sector de la humanidad.

En los reinos animal y vegetal la naturaleza ha esparcido los gérmenes de vida con enorme abundancia y prodigalidad. Ha sido, en cambio, relativamente parca en cuanto al espacio y el alimento necesarios a su conservación. Los gérmenes de vida contenidos en este trozo de tierra, dada una alimentación abundante y espacio donde extenderse, llegarían a cubrir millones de mundos al cabo de unos pocos miles de años. La necesidad, esa imperiosa ley de la naturaleza, que todo lo abarca, se encarga de restringirlos manteniéndolos dentro de los límites prescritos. Tanto el reino de las plantas como el de los animales se contraen bajo esta gran ley restrictiva, y el hombre, por mucho que ponga a contribución su razón, tampoco puede escapar a ella. Entre las plantas y los animales, sus efectos son el derroche de semillas, la enfermedad y la muerte prematura. Entre los hombres, es la miseria y el vicio. La primera, la miseria, es una consecuencia absolutamente necesaria de esta ley. El vicio es una consecuencia sumamente probable y que, por lo tanto, abunda por todas partes, pero quizá no deberíamos considerarlo como consecuencia absolutamente inevitable. La verdadera prueba de la vir-

tud está en la resistencia a todas las tentaciones del mal.

Esta natural desigualdad entre las dos fuerzas de la población y de la producción en la tierra, y aquella gran ley de nuestra naturaleza, en virtud de la cual los efectos de estas fuerzas se mantienen constantemente nivelados, constituyen la gran dificultad, a mi entender, insuperable, en el camino de la perfectibilidad de la sociedad. Todos los demás argumentos, comparados con éste, son de escasa y secundaria significación. No veo manera por la que el hombre pueda eludir el peso de esta ley, que abarca y penetra toda la naturaleza animada. Ninguna pretendida igualdad, ninguna reglamentación agraria, por muy radical que sea, podrá eliminar, durante un siglo siquiera, la presión de esta ley, que aparece, pues, como decididamente opuesta a la posible existencia de una sociedad cuyos miembros puedan todos tener una vida de reposo, felicidad y relativa holganza y no sientan ansiedad ante la dificultad de proveerse de los medios de subsistencia que necesitan ellos y sus familias.

Por consiguiente, si las premisas son justas, el argumento contra la perfectibilidad de la masa de la humanidad es terminante.

No he hecho más que esbozar las líneas generales del argumento; lo examinaré ahora con más detalle y podrá observarse que la experiencia, verdadera fuente y fundamento de todo conocimiento, confirma invariablemente su veracidad.